

Acotaciones a la Tesis Doctoral de Joe Keckeissen

Todos los que fuimos alumnos y amigos de Joe — pues siempre fue un verdadero amigo de sus alumnos — guardamos un hermoso recuerdo de él. Joe no solamente era un hombre profundamente religioso, sino también un gran conocedor de la historia económica y de las doctrinas económicas. Su tesis doctoral es prueba de ello. Joe tenía una gran personalidad. Cuando objetaba algún comentario, decía con voz de barítono: “Ese es un juicio de valor,” enfatizando la palabra *valor*. Siempre tenía a flor de labio un comentario ingenioso. En cierta ocasión le preguntó a un antiguo profesor si seguía dando clases de macroeconomía keynesiana. Cuando éste le respondió, entre burlas y veras, que había llegado a la conclusión de que la “macro” keynesiana era un error, Joe inmediatamente le espetó: “Sería bueno que se lo dijera a todos sus ex-alumnos.” Así eran su picardía y su chispa.

La tesis doctoral de Joe es en verdad enciclopédica. Hacer un comentario sobre todos los aspectos tratados en ella impli-

Alfonso Martínez Ruiz estudió economía en la Universidad Nacional Autónoma de México y en la Universidad Francisco Marroquín. Fue economista asesor en USAID/Guatemala durante veinte años, y ha sido profesor de economía y de econometría en varias universidades del país.

caría una labor de años. Por tanto, me voy a limitar a hacer una breve glosa sobre la parte inicial del Capítulo II.

Una introducción propedéutica

Science does not give us absolute and final certainty. It only gives us assurance within the limits of our mental abilities and the prevailing state of scientific thought.

— Ludwig von Mises, *Human Action* (1949)

Diferencia entre Ley y Teoría

Para una mejor comprensión de la tesis de Joe es bueno tener en mente, durante su lectura, la diferencia que existe entre *Ley* y *Teoría*. Joe no toca específicamente este punto, por lo que es necesario que veamos en qué consiste esta diferencia.

Cuenta Rom Harré que cuando Abdul Khayyum empezó a prestar servicio de transporte colectivo a ciertas regiones apartadas de su país, algunos *mullahs* se opusieron al servicio. Sostenían estos líderes religiosos que los autobuses, al no ser tirados por caballos, seguramente eran movidos por espíritus malignos. Sin embargo, los *mullahs* ya no tuvieron objeciones cuando les explicaron el funcio-

namiento del mecanismo mediante el cual el motor del vehículo le transmitía movimiento a las ruedas. Esta historia, sigue diciendo Harré, ilustra la manera en que se construyen las teorías científicas. “Si no sabes cómo funciona algo, inventa un mecanismo que explique su funcionamiento. Quizá tu mecanismo coincida con el de la Naturaleza” (Harré 1959, p. 101).

Veamos un ejemplo tomado de la Física de cómo se construye una teoría. En 1662, Robert Boyle (1627-1691) formuló la ley que lleva su nombre y que puede expresarse de la siguiente manera.¹ A *temperatura constante*, la presión que ejerce un gas sobre el recipiente cerrado que lo contiene es inversamente proporcional al volumen de éste. Por ejemplo, si el volumen del recipiente se reduce a la mitad, la presión que ejerce el gas sobre las paredes se duplica. Nótese que tanto la causa del fenómeno (la reducción del volumen del recipiente) como el efecto (el aumento de presión) son fenómenos observables y mensurables. Pero lo único que nos dice la Ley es que, a *temperatura constante*, tenemos una *asociación permanente* entre volumen y presión. En base al volumen del contenedor podemos predecir la presión que ejerce el gas. Pero no sabemos por qué ocurre el fenómeno. La ciencia, sin embargo, se interesa por ir más allá de la mera correlación entre fenómenos: desea conocer, como dice Harré, el mecanismo explicativo, la *Teoría*.

Dos grandes físicos, James Clerk Maxwell (1831-1879) y Ludwig Boltzmann (1844-1906), se encargaron de desarrollar la Teoría Cinética de los Gases que explicaba, entre otras, la Ley de Boyle. De acuerdo con esta Teoría, los gases se componen de diminutas esferas

¹Joe menciona la Ley de Boyle en su disertación (Keckeissen 2014 [1976], p. 19).

rígidas, llamadas moléculas.² Las moléculas se mueven en todas direcciones, colisionando entre sí y contra las paredes del recipiente que las contiene. Mediante esta teoría se lograba explicar la Ley de Boyle. Cuando el volumen se reduce, las moléculas disponen de menor espacio en donde moverse. Al reducirse el espacio, golpean en mayor número y con mayor frecuencia las paredes del recipiente, incrementando la presión.

Pero debemos recordar que, al momento de concebir esta teoría, las moléculas no eran sino *entidades imaginarias* que nadie podía ver. No fue sino hasta el Siglo XX, con la invención de los microscopios electrónicos, que se pudo comprobar su existencia. O sea que, en el caso de las teorías, no es necesario que los elementos a los que ellas aluden sean observables. Basta con que podamos inferir su existencia indirectamente mediante la predicción de ciertos fenómenos relevantes. En el caso de los gases, por ejemplo, a través de la *Teoría Molecular* podemos explicar las *predicciones* derivadas de la Ley de Boyle. O sea que las teorías científicas *predicen* a través de las leyes que de ellas se derivan, pero a la vez *explican*. Para la ciencia, no basta con saber que la fiebre amarilla es producto de la picadura de cierto tipo de zancudo. Es necesario saber por qué.

La importancia de la lógica en el análisis metodológico

Every work of science great enough to be well remembered for a few generations affords some exemplification of the defective

²Si una gota de agua creciera hasta llegar a tener el tamaño de la Tierra, las moléculas serían del tamaño de bolas de billar (Campbell 1953, p. 87n).

state of the art of reasoning of the time when it was written.

— C. S. Peirce, *The Fixation of Belief*

Joe inicia la parte sustantiva de su tesis doctoral refiriéndose a la necesidad de emplear una lógica correcta en el análisis de las leyes económicas. Está en buena compañía. John Stuart Mill, considerado por Joe como el más grande economista de mediados del Siglo XIX, dice que las falacias lógicas “son el obstáculo más grande para el razonamiento correcto en economía política” (Mill 1843, p. 544). Cien años más tarde, Lionel Robbins expresaba una idea similar: “Los defectos más serios en la situación actual de la ciencia económica provienen de fallas en la estructura lógica de sus teorías” (Robbins 1930, p. 17), y en época más reciente, Paul Samuelson sostuvo que cuando no empleamos una lógica adecuada en nuestros análisis, en lugar de enfrentarnos a la realidad nos enfrentamos a meras sombras.³

Todos estos autores hacen muy bien en recordarnos la necesidad de estar alertas en ese sentido, pues si carecemos del instrumental lógico adecuado para nuestros análisis es muy fácil que nos engañen (o que nos engañemos a nosotros mismos). Pero mantenerse alerta no es fácil. El mismo Samuelson tuvo sus deslices. Por ejemplo, en uno de sus primeros ensayos (Samuelson 1952, pp. 57-58) sostiene que si “A” implica lógicamente a “Z”, entonces “Z” equivale lógicamente a “A”. Esto es incorrecto. Para que la afir-

mación de Samuelson sea correcta, primero hay que demostrar que “A” implica a “Z” y que “Z” implica a “A”.⁴ Esta última parte la ignora Samuelson en su análisis (Wong 1973, p. 322).

Sin embargo, la sección del trabajo de Joe dedicada a las cuestiones lógicas es muy corta, por lo que quisiera añadir algunos comentarios a la misma. Al principios de la tesis (p. 17) tenemos:

Premisa básica: Dado un horno diseñado para calentar una casa en pleno invierno,

Antecedente (A): si el combustible se acaba,

Consecuente (B): la casa se enfriará.

A esta forma de argumento deductivo técnicamente válido se le denomina *modus ponens*. Veamos otro ejemplo de *modus ponens*:

a) Si Dino fue asesinado, entonces Dino está muerto;

b) Dino fue asesinado; por lo tanto,

c) Dino está muerto.

Este es un argumento lógicamente válido. O sea que de la verdad de las premisas llegamos a la verdad de la conclusión. Según Boland (1979, p. 503), la única propiedad útil de la lógica formal está contenida en el *modus ponens* de razonamiento. Esto se debe a que si nuestro razonamiento está lógicamente bien construido, cuando todas las premisas son

³“ ... a scholar in economics who is fundamentally confused concerning the relationship of definition, tautology, logical implication, empirical hypothesis, and factual refutation may spend a lifetime shadow-boxing with reality” (citado por Wong 1973, p. 312).

⁴Por ejemplo, si x es un número positivo, entonces x^2 también es un número positivo; pero esto no significa que podamos afirmar que siendo x^2 un número positivo, x también lo es.

verdaderas también lo serán nuestras conclusiones. Es decir que la veracidad de las premisas se *transfiere* a las conclusiones.

Pero también es preciso tener en cuenta que las premisas deben incluir una *ley de carácter universal*.⁵ Por ejemplo, la única forma de explicar científicamente las regularidades descubiertas por Kepler en relación a los movimientos planetarios es mediante la inclusión de la ley de la gravitación universal descubierta por Newton. Debido a este requisito, Schoeffler (1955) niega que haya leyes económicas, pues no puede haber leyes universales allí donde las circunstancias son de carácter histórico — y por lo tanto únicas — como es el caso de los sistemas económicos (Klappholz y Agassi 1959, p. 71).⁶

El otro razonamiento válido es el llamado *modus tollens*. En el ejemplo de Joe: “Si no-B, entonces no-A.” En el caso de Dino, sería: “Dino no está muerto; por lo tanto, Dino no fue asesinado.” Boland señala que si podemos demostrar que la *conclusión* de un razonamiento lógico es falsa, podemos entonces afirmar que (1) por lo menos una de las premisas en que se basa el razonamiento es falsa, o (2) el argumento no está construido lógicamente, o (3) adolece de ambos defectos (Boland 1979, p. 504).

Las otras dos formas de razonamiento canónico son inválidas: la *falacia de afirmar el consecuente* y la *falacia de negar el antecedente*. Dice Joe: “Pero no podemos argumentar: ‘Si B, entonces A’.” Esta es la *falacia de afirmar el con-*

⁵En el ejemplo de Dino, estamos presentando únicamente la forma lógica elemental.

⁶El artículo de Klappholz y Agassi es una crítica devastadora al libro de Schoeffler.

secuente, llamada en latín *post hoc ergo propter hoc*. En el ejemplo de Dino, tenemos: a) Si Dino fue asesinado, entonces Dino está muerto; b) Dino está muerto; por lo tanto, c) Dino fue asesinado. Este razonamiento es falaz, pues Dino pudo haber muerto por otras causas.

Ejemplo de la segunda falacia (en la tesis de Joe no aparece mencionada), la falacia de negar el antecedente: a) Si Dino fue asesinado, entonces Dino está muerto; b) Dino no fue asesinado; por lo tanto, c) Dino no está muerto. Argumento falaz también, ya que Dino podría estar muerto aunque no fuera asesinado.

Podemos establecer, entonces, “que la verdad de la conclusión no puede transferirse a las premisas, ni la falsedad de las premisas transferirse a la conclusión” (Boland 1979, p. 505). Ahora dejemos que el pobre Dino descanse en paz y pasemos a otro tema.

Ejemplo en economía de una disputa metodológica en torno a una ley

Confidence in the validity of a law may sometimes be so great that any observation which does not agree with it is regarded as fallacious, or at least incomplete From this arises the illusion that there are such things as absolutely valid empirical propositions.

— Felix Kaufmann, *The Concept of Law in Economic Science*

Joe considera que aunque Murray Rothbard no trata sistemáticamente problemas metodológicos en su libro *Man, Economy, and State*, su definición de ley es muy clara: “La ley de los rendimientos establece que, con una cantidad constante de factores complementarios, *siempre*

existe alguna cantidad óptima de factores variables'. Rothbard afirma que el concepto no se limita únicamente a los casos de rendimientos crecientes o decrecientes, sino que es completamente general y ello se demuestra al considerar las implicaciones de su negación. Además, Rothbard agrega que esta ley es 'siempre válida'. Es una 'verdad eterna de la acción humana'" (Keckeissen 2014 [1976], p. 8).

Debido a que el término *óptimo* podría conducirnos a dificultades en el análisis, voy a ilustrar con la ley de los *rendimientos decrecientes* el tipo de discusión a que ha dado origen el concepto de ley entre los economistas. Samuelson y Nordhaus definen la Ley de los Rendimientos Decrecientes de la siguiente manera:

La ley de los rendimientos decrecientes afirma que se obtendrá menos y menos producción adicional cuando se añadan cantidades adicionales de un insumo mientras los demás insumos se mantengan constantes. En otras palabras, el producto marginal de cada unidad de insumo se reducirá a medida que la cantidad de ese insumo aumente, si todos los demás insumos se mantienen constantes (Samuelson y Nordhaus 2005, p. 107).

Pero aún planteada en esos términos, la Ley siempre ha tenido opositores. Muchos de los economistas ingleses del siglo XIX la aceptaban sin mayores miramientos. Así, John Elliot Cairnes (1888, p. 51) declaró: "Si los economistas no llevan a cabo experimentos a fin de corroborar esta ley, es porque todos los que practican la agricultura la comprueban a diario." Forma característica de razonar de muchos economistas de aquella época. En inglés se le denomina "happy-go-lucky manner" a este talante de hacer afirmaciones sin fundamento adecuado.

Sin embargo, no todo era miel sobre

hojuelas. Uno de los primeros en oponerse a la ley de los rendimientos decrecientes — como ley de valor universal — fue John R. McCulloch (1789-1864), quien escribió lo siguiente:

[Nassau Senior] establece ... como axioma que, suponiendo constante la técnica en la agricultura, al añadir nuevas unidades de trabajo, la tierra ... tendrá, a partir de cierto punto, rendimientos cada vez menores. Pero aunque esta afirmación sea indudablemente cierta, también es cierto que la técnica en la agricultura nunca permanece constante En realidad sería fácil ver que las peores tierras que ahora se cultivan rinden más producto que las mejores tierras cultivadas durante los reinados de los Eduardos o los Enriques (McCulloch 1965 [1864], p. xiii).⁷

Pero McCulloch es injusto. Senior parte del supuesto de una *técnica constante*. Es decir, en el corto plazo. Otra cuestión muy distinta es discutir sobre lo que ocurre en el largo plazo. Allí sí tiene razón McCulloch.

No obstante estas objeciones, el gran economista alemán Johann von Thunen (1783-1850) llevó a cabo experimentos que corroboraban empíricamente la ley de rendimientos decrecientes. Su forma de abordar el problema fue muy cuidadosa, concluyendo que al adicionar un insumo, *manteniendo todos los demás constantes*, llegaba un momento en que el producto marginal disminuía (Heimann, pp. 111-14). Los métodos experimentales de von Thunen siguen siendo paradigmáticos aún en nuestros días.

En las discusiones metodológicas en

⁷Edwin Cannan (1861-1935) sostuvo que Thomas Chalmers (1780-1847) fue el primer economista eminente en cuestionar la validez histórica de la ley de los rendimientos decrecientes (Blaug 1956, p. 47n).

economía, sin embargo, siempre hay un tercero en discordia. El filósofo de la ciencia Joseph Agassi afirma tajantemente que la ley de los rendimientos decrecientes es una tautología y no una ley de carácter universal. Supongamos, nos dice, que es posible producir todo el trigo (o queso o bacterias) del mundo en una parcela de tierra. ¿Estaríamos dispuestos a decir que la ley es falsa? Según él, la respuesta sería *no*. Su conclusión es que al definir un insumo como “factor de producción” suponemos que está sujeto a la ley de rendimientos decrecientes, de lo contrario lo definimos como otra cosa (Agassi 1971, pp. 3-4).

El problema que Agassi plantea es que las “tautologías” son verdaderas *por definición*, quedando exentas de prueba empírica alguna. Por lo tanto, uno de los requisitos fundamentales para que la ley de los rendimientos decrecientes pueda considerarse científica es que sea testable y, por consiguiente, potencialmente refutable. De lo contrario es un mero enunciado sin ningún contenido empírico y, por tanto, al margen de la ciencia.

Debido a la dificultad de establecer leyes en economía que tengan el mismo grado de certidumbre de las leyes de la física, los economistas modernos prefieren hablar de *teoremas* en lugar de *leyes* (Blaug 1992, p. 138).

Orígenes de las cuestiones metodológicas en economía: La visión científica de Adam Smith (1723-1790)

We approve of another man's judgment, not as something useful, but as right, as accurate, as agreeable to truth and reality.

— Adam Smith, *History of Astronomy*

Citando a James Bonar, dice Joe que aunque la visión económica de Adam Smith está impregnada de la idea de ley natural, éste parece omitir deliberadamente la palabra “ley” cuando trata de cuestiones económicas. En realidad el hecho constituye un verdadero misterio que aún no ha podido ser resuelto.

No muchos saben que antes de escribir *La Riqueza de las Naciones*, Adam Smith escribió una *Historia de la Astronomía*, en la que desarrolla su filosofía de la ciencia.⁸ Joseph Schumpeter quedó tan impresionado por el contenido de esta obra, que dijo que de no estar tan bien confirmada la autoría de la misma, nadie hubiera pensado que era de Adam Smith (Thomson 1965, pp. 213-14). La ley de la gravitación universal descubierta por Newton era para Smith el mayor descubrimiento científico de la humanidad. La reaparición del cometa Halley en 1758, confirmando la predicción basada en la teoría gravitacional de Newton, cautivó sobremanera a Smith, quien presenció el fenómeno (Hetherington 1983, p. 500). Mediante el principio de atracción gravitacional, una multitud de fenómenos naturales aparentemente dispares e inconexos encontraban explicación racional.

Para Adam Smith, el sistema newtoniano era como una máquina imaginaria con cadenas invisibles que mantenían interconectados todos los engranajes. Thomson (1965, p. 232) considera que esta idea es utilizada, *mutatis mutandis*, como norma fundamental en *La Riqueza de las Naciones*. Es decir que el funcionamiento de la economía podía ser expli-

⁸El título original es *Principles which lead and direct Philosophical Enquiries, illustrated by the History of Astronomy*, concluida por Adam Smith alrededor de 1750 y publicada póstumamente en 1799.

cado mediante un mecanismo similar al de aquella máquina cósmica.

Según esta concepción mecanicista, la economía (el mercado) no es más que un conjunto de individuos persiguiendo sus intereses personales en un régimen económico regulado por las leyes de la oferta y la demanda (Hetherington 1983, p. 498). Uno de los engranajes fundamentales de la máquina es la división del trabajo, la cual a su vez es fruto de la propensión que tenemos los seres humanos a intercambiar una cosa por otra. Esta “propensión” podemos considerarla como una ley (aunque Smith no lo haga), pues es de carácter universal y solamente está limitada por el tamaño del mercado (Becker 1961, p. 13). Sin embargo, influido por su amigo David Hume, Smith no creía en la causalidad. La “mano” que hace que las personas, al procurarse su propio bienestar, beneficien a la sociedad mejor que si se lo propusieran, siempre permanece “invisible”.

De acuerdo con Herbert Thomson, los principios científicos que Adam Smith trató de incorporar en *La Riqueza de las Naciones* fueron los siguientes:

(1) La ciencia tiene que ser unitaria, integrando orgánicamente todas las partes constitutivas de la materia bajo estudio, así como captar los aspectos esenciales de la realidad.

(2) La ciencia debe entenderse en relación a la mente humana y la constitución de ésta. La mente no sólo registra los fenómenos bajo estudio sino que participa activamente al tratar de comprenderlos y explicarlos.

(3) Cualquier sistema científico va perfeccionándose gradualmente mediante la participación de la comunidad de científicos.

(4) La ciencia es un medio de comunicación y, por lo tanto, debe tomar en consideración aspectos retóricos y estéticos (Thomson 1965, pp. 232-33).⁹

De manera independiente, los primeros dos principios los describió Albert Einstein así: “La ciencia no es sólo una colección de leyes, un catálogo de hechos inconexos. Es una creación de la mente humana ... las teorías ... tratan de crear una imagen de la realidad y de establecer su conexión con el mundo de las impresiones sensibles” (Einstein e Infeld, 1966, p. 294).

No cabe duda de que Adam Smith tenía una inteligencia asombrosa. Su concepción de lo que es “ciencia” coincide en mucho con ideas actuales. Anticipándose en 150 años a Einstein, Smith dijo que la tarea del científico se asemejaba a la de un observador atento que trata de descubrir las reglas de un juego de naipes desconocido para él, jugado por varios jugadores mudos (Thomson, p. 223). Einstein se refirió a un observador que quiere descubrir el funcionamiento del mecanismo oculto de un reloj.¹⁰

Las primeras disputas metodológicas en economía: Economistas británicos del Siglo XIX

... there are all kinds of sources of our knowledge; but none has authority.

— Karl Popper, *Conjectures and Refutations*

⁹En relación a este último punto no debemos olvidar que Adam Smith no sólo fue un gran economista sino también un gran prosista.

¹⁰“In our endeavor to understand reality we are somewhat like a man trying to understand the mechanism of a closed watch” (Einstein e Infeld 1966, p. 31).

No sólo Adam Smith recibió el impacto de los *Principia* de Newton. Muchos otros economistas británicos empezaron a interesarse seriamente por cuestiones metodológicas y a tratar de imitar el método empleado por Newton. Las discusiones a que este interés dio origen permitieron que la economía como ciencia progresara mucho. En efecto, contrariamente a lo que sucedería años más tarde en el debate metodológico llamado *Methodenstreit*, entre Gustav von Schmoller (1838-1917) y Carl Menger (1840-1921), que resultó perjudicial para el progreso de la teoría económica en Alemania, la polémica inglesa fue muy fructífera. En Inglaterra la pugna inicial gira en torno a las bondades del método inductivo propuesto por Francis Bacon (1561-1626) que, según la opinión prevaleciente por aquel entonces, fue el método empleado por Newton en sus investigaciones.¹¹

De acuerdo con este método, es posible pasar de la observación de una serie de *hechos particulares* a la formulación de teorías de carácter *universal*. Pero, además, no se trata solamente de *observar* los hechos: hay que observarlos *sin prejuicio alguno*. La lectura del “Libro de la Naturaleza” obliga a quitarnos los anteojos que nos impiden ver con la debida inocencia. “¿Cómo podemos prepararnos para [ello]? La respuesta de Bacon es la siguiente: mediante purificar nuestras mentes de toda anticipación, conjetura, augurio o prejuicio” (Popper 1989, p. 14).

Una vez purificados de todo prejuicio, y para que haya progreso científico y sea

¹¹Francis Bacon es considerado como uno de los padres de la ciencia moderna. Sin embargo el “método inductivo”, en la forma en que él lo planteó, adolece de varios defectos. Por supuesto que ello no significa reducir la trascendencia de las aportaciones de Lord Verulam en el terreno de la ciencia.

posible la inducción, es indispensable componer las llamadas por Bacon “historias naturales”. Estas consisten en reunir una gran cantidad de hechos relacionados con nuestro objeto de estudio (pero sin que se nos diga en base a qué criterio ha de llevarse a cabo la selección de los hechos). Una vez obtenida esta masa (relativamente caótica) de información, entonces ya es posible llevar a cabo el proceso de inducción (Anstey 2002, pp. 71-72). El mismo Charles Darwin declaró en su *Autobiografía* que él “trabajaba de acuerdo con verdaderos principios baconianos; y, sin ninguna teoría [que lo guiara], recolectaba hechos en grandes cantidades...” (Darwin 1958 [1892], p. 42).¹² Pero como dice Carl Hempel: “Las hipótesis y teorías científicas no se *derivan mecánicamente* de hechos observados: se *inventan* mediante un ejercicio de la imaginación creativa” (Hempel 2001, p. 32).

Posiblemente lo que más contribuyó al uso extendido del método inductivo fue la creencia de que Newton había procedido de acuerdo con los cánones propuestos por Bacon, creencia a la que el mismo Newton contribuyó al afirmar que él no partía de hipótesis en sus investigaciones: “*hypotheses non fingo*,” decía. Además, el asombroso éxito de la cosmología newtoniana, que pasaba todas las pruebas a las que era sometida, no dejaba lugar a dudas de que la inducción sí funcionaba. Era obvio: mediante la inducción era posible obtener leyes de carácter universal a partir de la observación de hechos particulares. Aunque hoy en día sabemos que esto no es posible lógicamente, hasta el mismo John Stuart Mill creyó durante toda su vida que sí era posible.

¹²Como veremos más adelante, no era así como realmente procedía Darwin, aunque él pensara lo contrario.

Además, la afirmación de Newton de que no partía de hipótesis es un error que no pudieron ver la mayoría de sus contemporáneos. La teoría de la gravitación universal es una creación del genio de Newton y no algo derivado de la experiencia. (¿Cuántas personas han visto caer una manzana y no han pensado sino en comérsela?) El mismo Newton declaró alguna vez que no sabía qué era exactamente lo que constituía la “fuerza de gravedad” (Blaug 1992, p. 6). Por eso dice Einstein que si queremos saber cuál es el método usado por los físicos teóricos en sus investigaciones no debemos preguntarles a ellos en qué consiste, sino que debemos observar lo que *hacen* (Medawar 1968, p. 11).

El ultra-empirismo en economía

We approached the case, you remember, with an absolutely blank mind, which is always an advantage. We had formed no theories. We were simply there to observe and to draw inferences from our observations.

— Sherlock Holmes, *The Adventure of the Cardboard Box*

Algunos economistas trataron de seguir a pie juntillas el consejo de Bacon y se dedicaron a acumular ingentes cantidades de datos. Según ellos, esto les permitiría descubrir leyes económicas de carácter universal.

Richard Jones (1790-1855)

Uno de los primeros en tratar de aplicar al pie de la letra el método inductivo en economía fue Richard Jones. Para él, la base sobre la que se levantaba todo el edificio teórico construido por David Ricardo era sumamente estrecha. No era posible que a partir de unos pocos su-

puestos — como el de que “el crecimiento de la población excede la producción de alimentos” y la ley de los “rendimientos decrecientes” en la agricultura — fuese posible obtener leyes de carácter universal válidas para cualquier sociedad.

Jones sostenía que era preciso llevar a cabo una investigación de *todos* los sistemas económicos a lo largo de la historia, para entonces sí establecer leyes de carácter universal. Con tal propósito, investigó en qué consistía la “renta de la tierra” en diferentes países a fin de demostrar que ese concepto, según lo había desarrollado Ricardo, no tenía validez universal. (Nótese que, aunque Jones no tuviera conciencia de ello, la recolección de datos en este caso está referida a la “renta de la tierra”, lo cual delimita claramente el ámbito de estudio.) Jones dedicó todo un libro a tal propósito: *Essay on the Distribution of Wealth: Rent*, publicado en 1831 (Rashid 1979, p. 161). Sus investigaciones lo llevaron a estudiar las distintas formas de tenencia de la tierra, incluso en Asia. A partir de estos estudios, concluyó que las *instituciones* políticas y sociales, predominantes en una sociedad dada, son decisivas para comprender la forma que adopte la renta de la tierra. O sea que las leyes económicas en lugar de tener valor universal, son válidas pero únicamente dentro de un determinado marco institucional. Debido a su insistencia sobre el aspecto institucional de las sociedades, algunos economistas lo consideran como un precursor del Institucionalismo norteamericano.

Sin embargo, Jones continuó siendo un fanático del método inductivo. Cuando John Stuart Mill publicó en 1836 el ensayo *On the Definition of Political Economy; and on the Method of Investigation Proper to It*, Jones le envió la siguiente nota jocosa al gran astrónomo Sir Wi-

lliam Herschel: “El joven Mill acaba de publicar un artículo en donde sostiene que el método de razonamiento *a priori* no es solamente bueno en Economía Política, sino el único aplicable a la misma. Dios se apiade de él y de todos aquellos que creyendo en esa afirmación tengan confianza en el joven Mill, en su papá y en su escuela” (Rashid 1979, p. 168).

Por supuesto que el método general propuesto por Jones es impracticable. No es posible estudiar *todos* los sistemas económicos de la historia para luego deducir leyes de valor universal. Porque como dice Lionel Robbins, “la observación pasiva de los hechos, sin la ayuda de una hipótesis teórica, tiene que ser necesariamente estéril” (Robbins 1930, p. 20). Si no tenemos una hipótesis de trabajo que nos guíe, ¿qué vamos a observar para saber el costo de las patatas? ¿El color de los ojos de los agricultores? Sin embargo, Jones tenía ideas clarísimas en otros aspectos fuera de los metodológicos.¹³ Por ejemplo, fue uno de los primeros economistas en señalar la importancia del capital fijo como promotor del crecimiento económico a través de incorporar nuevas tecnologías. Mediante ese mecanismo, Jones sostenía una tesis optimista con respecto al futuro: el crecimiento económico nunca terminaría (tesis contraria a la que afirmaba Ricardo).

Jones ejerció notable influencia sobre dos de los economistas mencionados por Joe: Cliffe Leslie y Thorold Rogers. Estos últimos no solo fueron partidarios del método inductivo sino que también criti-

¹³Jones no sólo fue profesor de economía política en el King’s College de Londres, sino que a la muerte de Malthus sustituyó a éste en el East India College. Richard Jones es considerado por Francis Edgeworth como el padre de la Escuela Histórica inglesa.

caron el excesivo grado de abstracción de la escuela clásica y su falta de perspectiva histórica. Sin embargo, la idea que ambos tuvieron de la inducción fue menos radical que la de Jones, pues aceptaban la deducción cuando partía, no de ideas abstractas *a priori*, sino de generalizaciones empíricas consideradas como válidas.

La escuela escocesa del “sentido común”

All truth, in the long run, is only Common Sense clarified.

— T. H. Huxley, *On the Study of Biology*

Dugald Stewart (1753-1828)

Stewart fue el primer comentarista importante de las obras de Adam Smith. Estudió en la Universidad de Edimburgo con los filósofos Adam Ferguson (1723-1816) y Thomas Reid (1710-1796), ambos muy influidos por el pensamiento de Bacon. En esa misma Universidad, Stewart fue, a los diecinueve años de edad, profesor de matemáticas y, diez años más tarde, profesor de filosofía moral. Fue miembro destacado y contribuyó mucho a la difusión de la llamada filosofía escocesa del sentido común.

Durante su época de estudiante las ideas de Bacon preponderaban en el ámbito científico. Debido a ello, en la cátedra de Filosofía Natural (i.e., ciencias naturales) se enfatizaba la necesidad de recolectar datos de todo tipo, absteniéndose al mismo tiempo de hacer inferencia alguna hasta que los datos “hablaran por sí mismos” (Prasch 1996, pp. 1110-11).

En su juventud, la admiración que Stewart sentía por Bacon parecía no tener límites. No sólo llamaba a Bacon “padre

de la filosofía experimental”, sino que consideraba la lógica de éste como superior a la de Aristóteles, pues aquélla era “práctica y conducía a conocimientos más útiles” (Rashid 1985, p. 252). Debido a la influencia de Bacon, Stewart en sus años mozos sostuvo que era preciso purgar la economía de toda traba metafísica y especulativa a fin de poder convertirse en ciencia verdadera.

En una de sus primeras obras, *Outlines of Moral Philosophy* (1793), Stewart se nos presenta como un empirista clásico, intachable discípulo de Bacon y Hume. En las primeras páginas del *Outlines* comienza por negar el nexo causal: “Sabemos, por experiencia, que ciertos hechos están invariablemente asociados, de tal suerte que cuando vemos que aparece uno de ellos también esperamos que aparezca el otro; pero nuestro conocimiento no puede ir más allá de esa simple observación.” Y continúa diciendo: “Los antiguos consideraban la filosofía como la ciencia de las causas y, por lo tanto, incurrieron en especulaciones para las cuales la mente humana no está capacitada” (Stewart 1801 [1793], pp. 2-3).

En cambio, para que haya progreso científico “... el primer paso ... consiste en determinar las leyes [entendidas como mera correlación de hechos] más simples y generales de las cuales dependen los fenómenos más complicados del universo.” Por supuesto que las leyes más simples y generales se descubrían mediante la mera y desprejuiciada observación de los fenómenos (las “historias naturales”, en la terminología de Bacon): “Luego de obtener estas leyes simples, podemos investigar los efectos que resultan de combinarlas de diferentes maneras.” Concluye Stewart: “A este método de razonamiento (que comúnmente se conoce bajo el nombre de Método Inductivo)

le debemos los rápidos progresos que las ciencias físicas han logrado desde la época de Lord Bacon” (Stewart 1801 [1793], pp. 5-6).

Thomas Reid, el maestro que más influyó en el pensamiento juvenil de Stewart, tuvo en sus manos la clave de la explicación científica, pero sus prejuicios baconianos le impidieron verlo así. Reid escribió el siguiente asombroso pasaje:

El filósofo reflexivo, tratando de explicar algún fenómeno ... propone una ingeniosa conjetura ... suficiente para proporcionarnos una explicación adecuada del fenómeno [bajo estudio], y concluye diciendo que ha logrado descubrir un secreto de la Naturaleza Las hipótesis de este tipo pueden corregirse mediante la evidencia empírica que algunas veces nos obliga a abandonar hipótesis inadecuadas y a sustituirlas por otras mejores (citado por Tapper 2002, p. 516).

Todo ese párrafo lo podría suscribir el mismo Karl Popper. Sin embargo, inmediatamente después Reid saca a relucir sus prejuicios baconianos y añade: “Este método de argumentación es básicamente erróneo pues se basa en la falsa noción de que el entendimiento humano es capaz de descubrir el arte [i.e., los secretos o las leyes] de la Naturaleza” (citado por Tapper 2002, p. 516).

Por eso, lo extraordinario del caso de Dugald Stewart es que después de haber sido discípulo dilecto de Reid y un empirista implacable, en sus años maduros llegó a pensar como lo hubiera hecho un miembro distinguido de la Escuela Austríaca. Es en una de sus últimas obras, *Elements of the Philosophy of the Human Mind* (1827), donde Stewart expone sus renovadas ideas, producto de años de estudio y reflexión. Según él, la visión que del método de Bacon había prevale-

cido por cerca de dos siglos era equivocada. Recordaba elogiosamente, además, que esto ya había sido señalado por Robert Hooke alrededor de 1660, oponiéndose a la opinión prevaleciente en la Royal Society de Londres (Rashid 1985, pp. 255-56).

¿Qué fue lo que hizo que Stewart cambiara tan radicalmente su forma de pensar? Quizá en ello influyó su profundo conocimiento de la obra de Adam Smith. Stewart fue profesor de astronomía (Tanno-Bland 1997, p. 307), por lo tanto seguramente había estudiado el tratado de Smith sobre el tema. Stewart sabía que muchos de los contemporáneos de Adam Smith sostenían que éste había concebido el sistema de libre comercio “basándose en una hipótesis: el motivo universal del interés personal” (Rashid 1985, p. 251). Pero Stewart fue más allá de esa simple observación y escribió lo siguiente:

Si examinamos los principios fundamentales contenidos en *Riqueza de las Naciones*, encontramos los siguientes: a) que la persona misma es el mejor juez de lo que le conviene, b) que las personas actúan para mejorar,¹⁴ c) que la libertad de elegir en dónde invertir nuestro talento o nuestro capital es el mejor método para el progreso de la sociedad.

E inmediatamente después de esta enumeración plantea su nueva perspectiva epistemológica:

Las premisas de las cuales se desprenden estas conclusiones no son abstracciones metafísicas. Son máximas derivadas de la experiencia de los hombres en todas las

¹⁴Esta es una anticipación extraordinaria a uno de los postulados fundamental de Ludwig von Mises en *La Acción Humana*: “El hombre, al actuar aspira a sustituir un estado menos satisfactorio por otro más satisfactorio” (Mises 1967 [1949], p. 40).

épocas de la historia; y de las cuales, si queremos mayor confirmación, no tenemos más que hurgar dentro de nosotros mismos para hallarlas (Stewart 1829, p. 321).

El otro elemento que seguramente jugó un papel importante en la transmutación de la mentalidad de Stewart fue que, por aquel entonces, no existía una manera ortodoxa de entender en qué radicaba el método propuesto por Bacon y cada quien lo interpretaba a su manera (Prasch 1996, p. 1117). Incluso los “experimentos baconianos” estribaban muchas veces en examinar la propia mente para saber cuáles eran los motivos de nuestro comportamiento. Como estos experimentos mentales no eran intersubjetivamente verificables, y además eran imposibles de replicar, tal método abrió las puertas a las ideas *a priori* como válidas científicamente. Asimismo, muchas de las teorías y leyes económicas eran imposibles de corroborar o de refutar empíricamente debido, en parte, a la falta de información estadística. ¿Cómo testar, por ejemplo, la teoría cuantitativa del dinero? Si querían hacer progresos, “los economistas no tenían más remedio que partir de supuestos” (Rashid 1985, p. 428).

Igualmente, a Stewart le resultaba inadmisibile el procedimiento de recolectar información sin una hipótesis de trabajo que sirviera de guía.¹⁵ Por lo tanto, aprobaba plenamente la siguiente afirmación del Dr. John Gregory (1724-1773):

¹⁵A este respecto, Darwin escribió (contrariamente a lo que luego sostuvo en su *Autobiografía*): “Qué extraño que haya alguien que no se dé cuenta que toda observación debe ser a favor o en contra de alguna idea si ha de ser de alguna utilidad” (citado por Meddard 1969, p. 11).

... una hipótesis significa propiamente asumir una regularidad [i.e., ley] cuya existencia no podemos derivar con certeza de la experiencia, pero que podemos considerar más o menos probable de acuerdo con hechos que no son ni suficientemente numerosos ni suficientemente adecuados para garantizarla. Cuando tales hipótesis se proponen de manera cauta y modesta, de tal modo que no son sino suposiciones o conjeturas [¡Popper!] ... se convierten en necesarias para establecer teorías correctas. Sin estas [hipótesis] no puede haber observaciones útiles ni experimentos (Stewart 1829, pp. 290-91).

Posiblemente el haber sido profesor de matemáticas también influyó en el viraje intelectual de Stewart. Siendo Arzobispo de Dublín, Richard Whately hizo la siguiente observación: “El Sr. D[ugald] Stewart ha señalado ... que la ‘necesidad’ de las verdades matemáticas consiste en su conformidad con ... las definiciones [de las que se parte]. Por ejemplo, que la suma de los ángulos de un triángulo sea igual a la suma de dos ángulos rectos ... no es más que una consecuencia lógica de la definición de triángulo” (McKerrow 1981, p. 449). Es decir que Stewart tenía muy claro que la verdad de las conclusiones de cualquier argumento lógico bien construido únicamente puede provenir de la verdad de sus premisas. Por lo tanto, como en la opinión de Stewart los axiomas de que parte la economía política (e.g., el deseo de todo individuo de mejorar su situación) tienen validez universal, las conclusiones que de esos axiomas se derivan también tienen que tener valor universal.¹⁶ Stewart afirma, además, que

¹⁶En uno de los ensayos más discutidos en la historia de la economía, Milton Friedman sostiene que “para ser importante ... una hipótesis [i.e., postulado] debe ser descriptivamente falsa en sus supuestos” (Friedman 1953, p. 14). Este es un ejemplo de que se

esos axiomas, o postulados universales, no pueden ser refutados por hechos aislados” (Rashid 1985, p. 253), y también afirma que el método inductivo propuesto por Bacon es incapaz de conducirnos a este tipo de verdades universales (Medawar 1980, p. 24).¹⁷ El maestro de Stewart, Thomas Reid, preguntaba, con cierto dejo de sorna, que cuáles descubrimientos en las ciencias naturales habían sido posibles partiendo de hipótesis. Stewart le mencionaba dos: el Sistema Copernicano y la Teoría Gravitacional de Newton (Rashid 1985, p. 255).

O sea que según Stewart la aplicación del método inductivo propuesto por Bacon encuentra obstáculos prácticamente insalvables en economía. Al respecto, Stewart concluyó diciendo que “en lugar de apelar a la *aritmética política*¹⁸ como una forma de examinar las conclusiones de la economía política, sería más razonable recurrir a la economía política para examinar las extravagancias de la política aritmética” (Rothbard 1995, p. 481).

Según Prasch (1996, p. 1116) fue Dugald Stewart de quien los economistas clásicos aprendieron epistemología. Y de

puede ser un gran economista sin tener que preocuparse demasiado por problemas epistemológicos.

¹⁷Como dice Popper (1992 [1959], p. 4): “No importa cuántos casos de cisnes blancos hayamos podido ver, esto no justifica la conclusión de que *todos* los cisnes sean blancos.”

¹⁸A quienes confiaban más en los datos estadísticos que en las teorías económicas Stewart les llamaba “political arithmeticians”, por alusión a la obra de Sir William Petty (1623-1687), *Political Arithmetick*. En esa obra, Petty sostiene que en lugar de basarse en “argumentos intelectuales”, su obra se basa en “número, peso y medida” (Heimann 1974, pp. 36-37).

acuerdo con Rashid (1985, p. 257), Stewart puede considerarse como el abuelo de la metodología de la Escuela Austríaca.

La gran síntesis de la escuela clásica inglesa

John Stuart Mill (1806-1873)

Joe describe a John Stuart Mill como “el más grande economista de mediados del siglo XIX”, y menciona que éste consideraba las ciencias físicas como el modelo propio de la teoría económica. Joe también afirma que Mill fue quizá el más famoso discípulo de Comte (Keckeissen, 2014 [1976], pp. 36). Son ciertas estas afirmaciones, pero es bueno matizarlas un poco.

Mill toma como modelo las ciencias físicas (o naturales), pero lo hace únicamente con propósitos ilustrativos, pues considera que existe una diferencia fundamental entre las ciencias físicas y las sociales (o ciencias morales, como él las denomina): “En las ciencias físicas podemos llevar a cabo, como dice Bacon, *experimentos cruciales* para decidir si una ley es verdadera o no lo es Esto sólo es posible en las ciencias morales (incluida la economía) en muy raras ocasiones (Mill 2000 [1844], pp. 103-04). En algunos de sus análisis Mill parte de supuestos muy abstractos. Por ejemplo, Mill es el padre del concepto del “hombre económico,” es decir, la persona cuyo único propósito es la obtención de riqueza material. Este no es un defecto, pues la física teórica también parte de supuestos muy abstractos. Por ejemplo, la “ley de la palanca” en física está formulada en términos de barras “perfectamente rígidas” que oscilan “sin fricción” sobre puntos (fulcros) “sin dimensiones” (Nagel 1963,

p. 215), y así como en la física los científicos hacen los ajustes pertinentes al aplicar los conceptos abstractos, así Mill también hace los ajustes necesarios en el caso de la economía.

Con respecto a Comte, también Mill adopta una posición peculiar, pues no está de acuerdo con muchas de las ideas del Positivismo (Coats 1954, p. 145). Recordemos que el Positivismo pretende basar el conocimiento en *la experiencia empírica* exclusivamente. Mill está en desacuerdo: “Es en vano que aspiremos a alcanzar la verdad en Economía Política ... con sólo analizar los hechos concretos, arropados en toda su complejidad, y pretendamos mediante un proceso inductivo descubrir la ley general que los rige ... no queda otro camino sino acudir al *método a priori*, es decir, a la ‘especulación abstracta’ ... ” (Mill 2000 [1844], pp. 104-05).

Pero ¿en qué consiste el método *a priori*, exactamente? Mill nos responde con el siguiente ejemplo:

Supongamos que nuestra pregunta consista en decidir si los reyes con poder absoluto emplearían éste para beneficiar o para oprimir a sus súbditos. Los hombres prácticos tratarían de resolver el asunto mediante inducción directa, es decir, analizando el comportamiento de los monarcas despóticos según el registro histórico [*método a posteriori*]. Las personas teóricas procurarían resolver la cuestión no sólo mediante el análisis histórico de los reyes despóticos, sino también de la experiencia que tenemos de los seres humanos. Afirmarían que la observación de las tendencias de la naturaleza humana ... y sobre todo de lo que pasa por nuestra propia mente, nos garantiza que cualquier ser humano en la situación de un rey despótico haría mal uso de su poder [*método a priori*]; y esta conclusión no perdería nada de su certeza aunque jamás hubiesen

existido reyes despóticos o la historia no nos hubiera dejado información alguna sobre ellos (Mill 2000 [1844], pp. 100-101).

Para evitar confusiones, Mill nos aclara aún más lo que quiere decir: “Estamos conscientes de que esta expresión [*a priori*] algunas veces se usa para distinguir cierta manera de filosofar que profesa no estar fundada en la experiencia.¹⁹ Pero nosotros no estamos familiarizados con ninguna manera de filosofar, al menos en cuestiones de [economía] política a la que tal descripción pueda aplicársele justamente” (ibid., p. 101). En su tratado de lógica Mill aún va más lejos, pues afirma que “el fundamento de la confianza en cualquier ciencia deductiva no deriva del razonamiento *a priori* en sí mismo, sino de la concordancia que haya entre los resultados de la deducción y lo observado *a posteriori* (Mill 1882, p. 1087).

Resumiendo, John Stuart Mill afirmaba que la economía política debía partir de supuestos y no de hechos. Estaba erigida, según él, como la geometría. Y así como la geometría presuponía una definición arbitraria de línea, así la economía política partía de una definición arbitraria de “hombre”. Por eso, como dijimos anteriormente, en el plano puramente teórico Mill veía al ser humano como deseando exclusivamente la posesión de riqueza. Pero el mismo Mill nos previene diciendo que “ningún economista ha sido tan desatinado en pensar que el único motivo que mueve al ser humano es el motivo pecuniario” (ibid., p. 1094). El economista debe estar siempre en guardia y recordar que los supuestos de los que parte “serán

verdaderos plenamente sólo en casos imaginarios. En la medida en que los hechos reales se alejen de los supuestos, el economista debe hacer los ajustes necesarios; de lo contrario [los supuestos] serán ciertos únicamente para los casos que él arbitrariamente eligió, pero no para casos reales” (Mill 1844, p. 102). Pero, como señala Hausman (1981), la idea de Mill de que las leyes económicas tienen validez en ausencia de “perturbaciones” nos enseña de qué manera la cláusula *ceteris paribus* puede ser de gran provecho en las discusiones metodológicas.²⁰

¿Por qué Mill dedicó tanto tiempo a estudiar cuestiones metodológicas en economía? Quizá la respuesta resida en que trató de explicar y justificar la forma de razonamiento de David Ricardo, a quien admiraba profundamente, ya que estaba siendo cuestionada por muchos economistas de la época. Ricardo, quien nunca trató cuestiones metodológicas explícitamente, nos proporciona algunos de los ejemplos más conspicuos de razonamientos deductivos y abstractos en economía. Un razonamiento típicamente suyo podría ser el siguiente. “Supongamos que por alguna razón no especificada los salarios de los trabajadores se incrementan por encima del nivel de subsistencia. El incremento en los salarios conduce a un incremento de la población, la cual requiere de un monto mayor de bienes agrícolas para su subsistencia. Esto a su vez implica tener que cultivar tierras de inferior calidad, lo que conduce a mayores precios de los bienes agrícolas, lo cual implica que el salario real de los trabajadores vuelve a caer a su nivel de subsistencia.”²¹

¹⁹“Las proposiciones cuya verdad (o falsedad) pueden demostrarse mediante la pura razón, independientemente de cualquier observación de la realidad se llaman proposiciones *a priori*” (Kemeny 1959, p. 16).

²⁰Aunque Stuart Mill tenía muy claras sus ideas a este respecto, nunca usó el término *ceteris paribus*.

²¹Para más ejemplos, véase Blaug (1956,

Pero el problema no sólo era teórico. Las predicciones derivadas de los modelos ricardianos estaban siendo refutadas una a una por la realidad. Según Blaug, el propósito fundamental de Mill era explicar por qué este fracaso era relativo y no necesariamente fruto del método utilizado por Ricardo.²²

Como una advertencia a lo difícil que resulta hacer afirmaciones categóricas en economía, nos vamos a referir a una famosa afirmación de Mill citada por Joe en su disertación:

Afortunadamente, no existe nada en las leyes del valor que permanezca por esclarecer para el autor de hoy [1848] o del futuro; la teoría de esta disciplina está completa (Keckeissen, 2014 [1976], p. 2).

Este fue quizás el error teórico más serio cometido por John Stuart Mill durante su brillante carrera intelectual. Dos décadas después de haber hecho tal afirmación, la revolución marginalista iba a demoler hasta los cimientos la teoría del valor-trabajo a que se refiere Mill en la cita anterior.

Orígenes de la metodología de la Escuela Austríaca

From the fundamental necessity imposed upon human beings to plan, to allocate, to choose, to compute, there derives a body of propositions that explain the phenomena of the market.

— Israel M. Kirzner, *What Economists Do*

pp. 42-44). Joseph Schumpeter llamó a la forma abstracta y general de razonar, característica de Ricardo, el “vicio ricardiano”.

²²Citado por De Marchi (1970), pp. 257-58.

Nassau Senior (1790-1864)

No es posible tratar a este eminente economista en unos cuantos párrafos. Senior no sólo fue el primero en establecer la diferencia entre economía positiva y economía normativa, sino que destacó como ningún otro economista clásico la importancia de la escasez como base del valor, es el padre de la teoría de la abstinencia como fuente del capital, y también es considerado como el padre de la metodología de la Escuela Austríaca (Rashid 1985, p. 257). Gide y Rist (1915, p. 350) llaman a Senior “el Euclides de la economía”, y ya veremos por qué. Su participación en torno a cuestiones metodológicas en economía es paradigmática. Senior tuvo como tutor a Richard Whately (1787-1863) con el que posteriormente sostuvo una larga amistad. Whately no sólo era muy buen economista, sino además escribió un libro de lógica que tuvo mucha influencia en su época. Whately fue quien acuñó la palabra “cataláctica”, que luego Mises rescataría como concepto fundamental para sus investigaciones. O sea que Senior tuvo un buen profesor de lógica y de economía, y quizás por eso es el primer economista en escribir un libro de economía que trata de cuestiones metodológicas de manera específica: *Introductory Lecture on Political Economy* (1827).²³ Casi diez años más tarde Senior publicó su *Outline of the Science of Political Economy* (1836, el mismo año en que Mill publica por primera vez el ensayo *On the Definition of Political Economy; and on the Method of Investigation Proper to It*), en donde amplía los temas tratados en su primer libro.

Para distinguir entre economía positiva y economía normativa, Senior dice lo siguiente: “Cuando el economista da con-

²³Blaug (1992), p. 51.

sejos deja de actuar como economista y actúa como moralista o como estadista”. Por tanto, la tarea propia del economista consiste en enseñar en qué consisten las leyes económicas, pero debe abstenerse de predicar qué debe hacerse (Levy 1918, p. 522). Sin embargo, no deja de hacer la siguiente advertencia: “La tarea del economista no consiste en disuadir o convencer, sino establecer principios generales *que resulta fatal ignorar*” (citado por Bowley 1936, p. 292, énfasis nuestro).

Para Senior, procediendo como Euclides en los *Elementos*, la economía es una ciencia deductiva basada en cuatro postulados básicos. Estos postulados tienen validez universal: 1) el principio hedonístico (muy similar al principio de que el hombre actúa para mejorar, de Mises); 2) la ley de población — esta tiende a crecer ilimitadamente; 3) la ley de los rendimientos crecientes en la industria; 4) la ley de los rendimientos decrecientes en la agricultura.²⁴ Derivados de la observación y de la introspección, estos postulados son válidos para cualquier persona reflexiva; por lo tanto las conclusiones que de ellos se deriven — si se ha razonado correctamente — también son válidas.²⁵

²⁴Según Rothbard, estos postulados contienen la simiente de lo que, un siglo después, Mises denominará “praxeología” (Rothbard 1995, vol. 2, pp. 148-49).

²⁵“... the subject treated by the Political Economist, using that term in the limited sense in which we apply it, is not Happiness, but Wealth; his premises consist of a very few general propositions, the result of observation, or consciousness, and scarcely requiring proof, or even formal statement, which almost every man, as soon as he hears them, admits as familiar to his thoughts, or at least as included in his previous knowledge; and his inferences are nearly as general, and, if he has reasoned correctly, as certain, as his premises” (Senior 1851, pp. 2-3).

Senior mantuvo una interesante polémica con John Stuart Mill en torno a cuestiones metodológicas. Ambos coincidían en que los experimentos no eran posibles en economía, y esta incapacidad de llevar a cabo experimentos hacía imposible el descubrimiento de premisas mediante el proceso de inducción propuesto por Bacon. Dice Senior: “Cuando dirigimos nuestra atención a los procesos de nuestra mente, es decir, cuando buscamos las premisas interiormente, en lugar de acudir a la observación de hechos externos, nuestra capacidad de llevar experimentos es mucho mayor” (citado por Bowley 1936, p. 298).

Ambos, Mill y Senior, sostenían que las ciencias naturales estaban sometidas a los mismos rigores de razonamiento que la economía, pues las leyes en ambas dependían de la validez de las premisas de las que partían y de la solidez del razonamiento lógico en que se sustentaban (Bowley 1936, pp. 299-300). Pero Mill pensaba que las premisas no podían ser sino “hipotéticas”, es decir “abstracciones de la realidad”: “La Economía Política considera a la humanidad como ocupada exclusivamente en adquirir y consumir riqueza [material] ... Esto no quiere decir que los economistas supongan que efectivamente la humanidad esté ocupada [únicamente] de esta manera ... pero esta es la forma en que la ciencia progresa” (Mill 2000 [1844], pp. 97-98).

Precisamente una de las críticas de Senior al método propuesto por Mill es que las premisas de las que éste parte, al ser incompletas y parciales, hacen imposible que las conclusiones que de ellas se deriven sean verdaderas en todo tiempo y lugar. (De nuevo el aspecto lógico hace acto de presencia.) Su crítica principal es contra la idea del *hombre económico*, ya que no corresponde a la realidad. Y Senior considera que nadie presta la debida

atención a argumentos basados en supuestos puramente arbitrarios; además, agrega, quien parte de premisas arbitrarias corre el peligro de olvidar que éstas no tienen una base sólida y continuar argumentando como si la tuvieran. Finalmente, señala que quien razona a partir de supuestos arbitrarios está proclive a cometer errores, ya sea por hacer inferencias inválidas o por omitir aspectos relevantes al asunto en cuestión (Hirsch 1980, p. 101). Dice Senior: “Ni los razonamientos del Sr. Mill, ni el ejemplo del Sr. Ricardo, me inducen a tratar la economía política como una ciencia hipotética. No lo creo necesario, y si fuese necesario no lo considero conveniente” (citado por Bowley 1936, p. 302).

Un breve intento de retorno al empirismo

Neither Schmoller nor his pupils achieved their goal of building a new theory based on the historical material they collected, however valuable it was.

— B. Schefold, *The New Palgrave Dictionary of Economics*

John Ramsay McCulloch (1789-1864)

Después de haber sido un incansable “vendedor de la economía ricardiana” (Fetter 1965, p. 424) y de haber defendido el método deductivo en economía, McCulloch se convirtió en partidario del empirismo metodológico y se alejó cada vez más de las ideas de Ricardo.²⁶ Al final de su vida se opuso especialmente a la metodología propuesta por Senior.

²⁶Véase, a este respecto el artículo sobre McCulloch en el diccionario *Palgrave* de economía (O’Brien 2008).

McCulloch sostiene que los únicos principios generales que tienen algún valor práctico en economía son aquellos que se derivan de observar la realidad concreta en su devenir histórico (Hirsch 1980, p. 103). Pero como agrega Hirsch, la tesis de McCulloch equivaldría a proponer que hay que reemplazar las teorías por meras “regularidades empíricas”. Pretender, por ejemplo, sustituir la teoría de la gravitación universal de Newton por las regularidades del movimiento planetario.

Recurrir exclusivamente a las regularidades empíricas, dice el filósofo de la ciencia Ernest Nagel, “no sólo implica rechazar la concepción de que las teorías tienen una función explicativa; sino que pasa también por alto el irremplazable papel que juegan las teorías en sugerir la manera en que las generalizaciones empíricas pueden corregirse, así como en dirigir y sistematizar futuras investigaciones” (1963, p. 219). La tesis de Nagel se aplica también, *mutatis mutandi*, al enemigo acérrimo de la escuela deductivista inglesa: la Escuela Histórica Alemana.

El desenlace final (y relativamente feliz)

Any attempt to understand which promises to advance knowledge justifies itself. In this aim only one restriction should be recognized, a restriction which keeps science scientific; we should ensure that our hypotheses have observable consequences.

— Neil Cooper, *The Aims of Science*

John Elliot Cairnes (1823-1875)

El otro protagonista importante en esta discusión fue John Elliot Cairnes. La actitud de éste frente a los problemas metodológicos fue conciliadora. Cairnes con-

sideraba que el aspecto científico de la economía emanaba de imitar a la física teórica. Según Cairnes, el economista debe demostrar empíricamente que sus premisas son verdaderas y que las mismas explican el fenómeno que se pretende demostrar. Su libro *Character and Logical Method of Political Economy* lo describió John Neville Keynes (1917) como "... una obra de admirable lucidez, que ha sido considerada por largo tiempo como el libro de texto de economía política más autorizado por su lógica interna."

En esta obra Cairnes sostiene que la economía es una ciencia tanto deductiva como inductiva. Es deductiva en el sentido de que si las premisas incluyen todas las causas relevantes, las conclusiones serán verdaderas (en ausencia de perturbaciones), y es inductiva porque sus premisas representan hechos "indudablemente reales de la naturaleza humana o del mundo real" (Cairnes 1888, pp. 36-38). Cairnes gustaba de prevenir a los economistas de no querer abarcar demasiado territorio en sus incursiones teóricas: "Cuando el economista entra en contacto con otros aspectos sociales, que no pertenecen a la economía, debe detenerse" (citado por Ekelund 1973, p. 397).

Según Blaug, todos estos ilustres pensadores británicos del siglo XIX que trataron cuestiones metodológicas en economía practicaron una metodología *defensiva*. Fueron *verificacionistas*, pues se conformaban con que sus predicciones pudieran ser verificadas empíricamente. Rechazaron, en cambio, el *falsificacionismo* pues nunca aceptaron que sus fallidas predicciones fueran capaces de refutar sus teorías (Blaug 1992, pp. 51, 69).

Algunas consideraciones finales

Dice Joe que las revistas especializadas no han atendido bien el tema tratado por él en su disertación, y que espera "que este primer intento de realizar una síntesis en torno al concepto de ley económica estimule un renovado interés de parte de los economistas en el estudio de la epistemología de esta ciencia." Sus deseos se han visto colmados. En los doce años que corren de la primera edición (1980) a la segunda (1992) del libro de Mark Blaug *The Methodology of Economics*, éste cita más de treinta nuevos libros dedicados al tema (sólo en inglés). Dice Blaug que durante ese periodo también se han publicado cientos de artículos que tratan de cuestiones metodológicas en economía (1992, p. xi).

Actualmente las cifras se han elevado considerablemente. Ya existen revistas especializadas en metodología económica y los artículos dedicados a la cuestión se cuentan por miles. Y es que quienes tratan de asuntos metodológicos en economía ya no se conforman con el enfoque puramente económico, sino que acuden a la historia, a la sociología, a la psicología e incluso a la retórica (cuyo ejemplo más conspicuo es Deirdre McCloskey). El tema es tan fascinante que el peligro que corre un joven economista al entrar en contacto con él es que se olvide de la economía y se dedique exclusivamente a la metodología.

El epígrafe de un gran economista encabeza el presente trabajo. Concluyo con una aseveración similar de otro economista famoso:

Clearly no proposition about the real world is ever "established as being true"; from the history of science, I would say

that we can be fairly sure that any proposition held today will someday be falsified (Arrow 1957, p. 349).

Lo importante es no desfallecer en la búsqueda de la verdad.

REFERENCIAS

- Agassi, Joseph. 1971. "Tautology and Testability in Economics," *Philosophy of the Social Sciences*, 1 (1): 49-63.
- Anstey, Peter R. 2002. "Locke, Bacon and Natural History," *Early Science and Medicine*, 7 (1): 65-92.
- Arrow, Kenneth J. 1957. "Review of *The Failures of Economics: A Diagnostic Study*, by Sidney Schoeffler," *American Sociological Review*, 22 (June): 348-50.
- Becker, James F. 1961. "Adam Smith's Theory of Social Science," *Southern Economic Journal*, 28 (July): 13-21.
- Blaug, Mark. 1956. "The Empirical Content of Ricardian Economics," *Journal of Political Economy*, 64 (Feb): 41-58
- . 1992. *The Methodology of Economics: Or How Economists Explain*. Cambridge: Cambridge University Press.
- Boland, Lawrence A. 1979. "A Critique of Friedman's Critics," *Journal of Economic Literature*, 17 (June): 503-22.
- Bowley, Marian. 1936. "Nassau Senior's Contribution to the Methodology of Economics," *Economica*, N.S., 3 (Aug): 281-305.
- Cairnes, John Elliot. 1888. *The Character and Logical Method of Political Economy*. 2a ed. New York: Harper & Brothers.
- Campbell, Norman. 1953. *What is Science?* New York: Dover Publications.
- Coats, A. W. 1954. "The Historist Reaction in English Political Economy 1870-90," *Economica*, N.S., 21 (May): 143-53.
- Darwin, Charles. 1958. *The Autobiography of Charles Darwin and Selected Letters*. New York: Dover.
- De Marchi, N. B. 1970. "The Empirical Content and Longevity of Ricardian Economics," *Economica*, N.S., 37 (Aug): 257-76.
- Einstein, Albert and Leopold Infeld. 1966. *The Evolution of Physics*. New York: Dover.
- Ekelund, Robert B. y Emilie S. Olsen. 1973. "Comte, Mill, and Cairnes: The Positivist-Empiricist Interlude in Late Classical Economics," *Journal of Economic Issues*, 7 (Sept): 383-416.
- Fetter, Frank W. 1965. "Economic Controversy in the British Reviews, 1802-1850," *Economica*, N.S., 32 (Nov): 424-37.
- Friedman, Milton. 1953. *Essays in Positive Economics*. Chicago: University of Chicago Press.
- Gide, Charles y Charles Rist. 1915. *A History of Economic Doctrines: From the Time of the Physiocrats to the Present Day*. Boston: D. C. Heath & Co.
- Harré, R. 1959-60. "Metaphor, Model and Mechanism," *Proceedings of the Aristotelian Society*, N.S., 60: 101-22.
- Hausman, Daniel M. 1981. "John Stuart Mill's Philosophy of Economics," *Philosophy of Science*, 48 (Sept): 363-85.
- Heimann, Eduard. 1974. *History of Economic Doctrines*. New York: Oxford University Press.
- Hempel, Carl G. 2001. *The Philosophy of Carl Hempel: Studies in Science, Expla-*

-
- nation, and Rationality*. James H. Fetzer, ed. New York: Oxford University Press.
- Hetherington, Norriss S. 1983. "Isaac Newton's Influence on Adam Smith's Natural Laws in Economics," *Journal of the History of Ideas*, 44 (July-Sept): 497-505.
- Hirsch, Abraham. 1980. "The 'Assumptions' Controversy in Historical Perspective," *Journal of Economic Issues*, 14 (March): 99-118.
- Keckeissen, Joseph E. 2014 [1976]. *¿Qué significan las leyes económicas?* Traducido por Julio H. Cole. Guatemala: Universidad Francisco Marroquín.
- Kemeny, John G. 1959. *A Philosopher Looks at Science*. New York: Van Nostrand.
- Keynes, John Neville. 1999 [1917]. *The Scope and Method of Political Economy*. Kitchener, Ontario: Batoche Books.
- Klappholz, K. y J. Agassi. 1959. "Methodological Prescriptions in Economics," *Economica*, N. S., 26 (Feb): 60-74.
- Levy, S. Leon. 1918. "Nassau W. Senior, British Economist, in the Light of Recent Researches (II)," *Journal of Political Economy*, 26 (May): 509-35.
- McCulloch, John R. 1965 [1864]. *Principles of Economics*, 5a ed. New York: Augustus M. Kelley.
- McKerrow, Ray E. 1981. "Richard Whately on the Nature of Human Knowledge in Relation to Ideas of His Contemporaries," *Journal of the History of Ideas*, 42 (July-Sept): 439-55.
- Medawar, Peter. 1969. *Induction and Intuition in Scientific Thought*. Philadelphia: American Philosophical Society.
- Mill, John Stuart. 2000 [1844]. *Essays on Some Unsettled Questions of Political Economy*. Kitchener, Ontario: Batoche Books.
- . 1882 [1843]. *A System of Logic, Ratiocinative and Inductive, Being a Connected View of the Principles of Evidence and the Methods of Scientific Investigation*, 8a ed. New York: Harper & Brothers.
- Mises, Ludwig von. 1967 [1949]. *La acción humana: Tratado de economía*. Madrid: Editorial Sopec, S.A.
- Nagel, Ernest. 1963. "Assumptions in Economic Theory," *American Economic Review*, 53 (May): 211-19.
- O'Brien, D. P. 2008. "McCulloch, John Ramsay (1789-1864)," *The New Palgrave Dictionary of Economics* (2a ed.), vol. 5, pp. 477-79. New York: Palgrave Macmillan.
- Popper, Karl R. 1992 [1959]. *The Logic of Scientific Discovery*. London: Routledge.
- . 1989. *Conjectures and Refutations: The Growth of Scientific Knowledge*. New York: Routledge.
- Prasch, Robert E. 1996. "The Origins of the A Priori Method in Classical Political Economy: A Reinterpretation," *Journal of Economic Issues*, 30 (Dec): 1105-25.
- Rashid, Salim. 1979. "Richard Jones and Baconian Historicism at Cambridge," *Journal of Economic Issues*, 13 (March): 159-73.
- . 1985. "Dugald Stewart, 'Baconian' Methodology, and Political Economy," *Journal of the History of Ideas*, 46 (April-June): 245-57.
- Robbins, Lionel. 1930. "The Present Position of Economic Science," *Economica*, No. 28 (March): 14-24.
- Rothbard, Murray N. 1995. *Economic Thought Before Adam Smith: An Austrian*
-

-
- Perspective on the History of Economic Thought*, 2 vols. Auburn, AL: Ludwig von Mises Institute.
- Samuelson, Paul. 1952. "Economic Theory and Mathematics—An Appraisal," *American Economic Review*, 42 (May): 56-66.
- . 1965. "Professor Samuelson on Theory and Realism: Reply," *American Economic Review*, 55 (Dec): 1164-72.
- Samuelson, Paul y William D. Nordhaus. 2005. *Economía*, 18a ed. México: McGraw-Hill.
- Schefold, B. 2008. "Schmoller, Gustav von (1838-1917)," *The New Palgrave Dictionary of Economics* (2a ed.), vol. 7, pp. 303-04. New York: Palgrave Macmillan.
- Schoeffler, Sydney. 1955. *The Failures of Economics: A Diagnostic Study*. Cambridge, MA: Harvard University Press.
- Senior, Nassau W. 1851. *Political Economy*, 3a ed. London: Richard Griffin and Co.
- . 1852. *Four Introductory Lectures on Political Economy, Delivered Before the University of Oxford*. London: Longman, Brown, Green, and Longmans.
- Stewart, Dugald. 1801. *Outlines of Moral Philosophy*. Edinburgh: A. Neil and Co.
- . 1829. *Elements of the Philosophy of the Human Mind*, 2 vols. Cambridge: Hilliard and Brown.
- Tannoch-Bland, Jennifer. 1997. "Dugald Stewart on Intellectual Character," *British Journal for the History of Science*, 30 (Sept): 307-20.
- Tapper, Alan. 2002. "Reid and Priestley on Method and the Mind," *Philosophical Quarterly*, 52 (Oct): 511-25.
- Thomson, Herbert F. 1965. "Adam Smith's Philosophy of Science," *Quarterly Journal of Economics*, 79 (May): 212-33.
- Wong, Stanley. 1973. "The 'F-Twist' and the Methodology of Paul Samuelson," *American Economic Review*, 63 (June): 312-25.